

perfumista y su acreedor bajo diferentes nombres, haría subastar los terrenos y los compraría por la mitad de su valor, pagándolos con el capital de Roguin y el dividendo de la quiebra. El notario, complicado en este plan, creyó alcanzar una buena parte de los preciosos despojos del perfumista y de sus co-interesados; pero el hombre á cuya discreción se confiaba debía hacerse, y se hizo, con la mayor parte. Roguin, no pudiendo perseguir á de Tillet ante un tribunal, se contentó royendo el hueso que le arrojaron mensualmente al centro de Suiza, donde halló mujeres baratas. Las circunstancias, y no la imaginación de un autor trágico inventando una intriga, habían urdido este horrible plan. El odio sin deseo de venganza es una semilla caída sobre la roca; pero la venganza jurada á César por de Tillet era uno de los movimientos más naturales, ó hay que negar la batalla entre los ángeles de las tinieblas y los ángeles de la luz. De Tillet no podía sin grandes inconvenientes asesinar al único hombre que en París le reconocía como culpable de un robo doméstico; pero podía arrojarle en el fango y aniquilarle hasta el punto de hacer su testimonio inútil. Durante largo tiempo la venganza había germinado en su corazón sin fructificar, porque hasta las gentes más rencorosas hacen en París pocos planes: la vida es demasiado rápida, demasiado agitada, hay demasiados accidentes imprevistos; pero también estas perpetuas oscilaciones, si no permiten la premeditación, sirven muy bien á un pensamiento oculto en el fondo de un alma precavida, bastante capaz para acechar

los cambios de corrientes. Cuando Roguin hizo su confidencia á de Tillet, el dependiente entrevió vagamente la posibilidad de destruir á César, y no se había engañado. Ante el temor de perder á su ídolo, el notario bebió el resto de su filtro en la copa rota; iba todos los días á los Campos Elíseos, y volvía á su casa muy de mañana. Así, la recelosa mujer de César tenía razón. Desde que un hombre se resuelve á representar el papel que de Tillet había confiado á Roguin, adquiere los talentos del más famoso cómico, tiene la vista de un lince y la penetración de un vidente, sabe magnetizar al incauto; así, el notario había visto á Birotteau mucho antes que Birotteau le viese, y, al mirarle el perfumista, ya él, desde lejos, le tendía la mano.

— Vengo de otorgar el testamento de un alto personaje, al que no le quedan ni ocho días de vida, dijo con la expresión más natural del mundo; pero me han tratado como á un médico de aldea: me enviaron á buscar en coche, y vuelvo á pie.

Estas palabras disiparon una ligera nube de desconfianza que había obscurecido la frente del perfumista, y que Roguin entrevió; por tanto, el notario se guardó bien de ser el primero en hablar del negocio de los terrenos, porque deseaba rematar á su víctima.

— Después de los testamentos, los contratos de casamiento, dijo Birotteau; así es la vida. Y, á propósito de esto, ¿cuando nos casamos con la Magdalena, ¡eh! ¡eh! señor Roguin? añadió dándole unas palmaditas en el vientre.

Hablando entre hombres solos, todos los burgueses tienen la pretensión de ser calaveras.

— Pues, si esto no se realiza hoy, respondió el notario diplomáticamente, no se realizará nunca. Tememos que el negocio se divulgue; dos de mis más ricos clientes, que desean tomar parte en esta especulación me apuran con sus ruegos. Así, no hay que andarse por las ramas. Después de medio día extenderé las escrituras, y sólo hasta la una os podremos aguardar. Adiós. Voy precisamente á leer las minutas que Alejandro ha debido poner en limpio esta noche.

— Por mi parte, ya es cosa hecha, os he dado mi palabra, dijo Birotteau corriendo tras el notario y cogiéndole la mano. Disponed de los cien mil francos que debían servir para dote de mi hija.

— Bien, dijo Roguin alejándose.

Mientras Birotteau volvía á reunirse con Popinot, sintió en sus entrañas un calor violento; su diafragma se contrajo, los oídos le zumbaban.

— ¿Qué tenéis, señor? le preguntó el dependiente, viendo el pálido semblante de su principal.

— ¡Ah, muchacho! En este momento acabo de formalizar con una sola palabra un gran negocio; nadie es dueño de sus emociones en tales casos. Y, por cierto, que alguna parte te corresponde. Por esto te he traído aquí, para que hablemos más á placer, nadie nos escuchará. Tu tía está disgustada; ¿cómo ha perdido su dinero? Dimelo.

— Señor, mis tíos tenían su capital en casa del señor Nucingen, y se vieron obligados á tomar ac-

ciones de las minas de Worstchín, que no dan aún dividendos; es difícil á su edad vivir de la esperanza.

— Pero ¿de qué viven?

— Me han hecho el favor de aceptar mis honorarios.

— Bien, bien, Anselmo, dijo el perfumista, dejando ver una lágrima que asomó á sus ojos. Eres digno del afecto que te tengo. También vas tú á recibir una alta recompensa por el interés que muestras en mis asuntos.

Al decir estas palabras, el negociante se elevaba tanto á sus propios ojos como á los de Popinot, dándoles un énfasis burgués é ingenuo, expresión de su superioridad ficticia.

— ¡Cómo! ¿habréis adivinado mi pasión por...?

— ¿Por quién? dijo el perfumista.

— Por la señorita Cesarina.

— ¡Ah! muchacho, eres muy atrevido, exclamó Birotteau. Guarda bien tu secreto, yo te prometo olvidarlo, y mañana saldrás de mi casa. No te guardo rencor. En tu lugar, ¡diablo! ¡diablo! hubiera hecho yo otro tanto. ¡Es tan bonita!

— ¡Ah, señor! dijo el dependiente, que sentía humedecido todo su cuerpo, de tal modo sudaba.

— Muchacho, este negocio no es asunto de un día; Cesarina es libre, y su madre tiene sus proyectos. Así, pues, tranquilízate, enjuga tus ojos, refrena los impulsos de tu corazón, y no hablemos más de esto. No me avergonzaría de tenerte por yerno; sobrino del señor Popinot, juez del tribunal de pri-

mera instancia; sobrino de los Ragon, con perfecto derecho puedes tener aspiraciones. Pero hay mucho que hablar, ¡ caramba! ¡ Qué diablura me dices cuando vamos á tratar de negocios! Toma, siéntate en esta silla, y que el enamorado ceda su punto al comerciante. Popinot, ¿ eres hombre de energías? dijo mirando cara á cara al dependiente. ¿ Tienes valor para luchar con uno más fuerte que tú, para luchar cuerpo á cuerpo?...

— Sí, señor.

— ¿ Para sostener un combate largo, peligroso?...

— ¿ De qué se trata?

— ¡ De competir con el aceite de Macassar! dijo Birotteau, irguiéndose de pie como un héroe de Plutarco. No nos alucinemos, el enemigo es fuerte, muy acreditado, temible. El aceite de Macassar se ha extendido por todas partes. El invento es ingenioso. Los frascos cuadrados tienen la originalidad de la forma. Para mi proyecto pensaba hacer los nuestros triangulares; pero prefiero, después de maduras reflexiones, botellitas de cristal delgado, revestidas de paja; tendrán un aspecto misterioso, y al consumidor le gusta más lo que más le intriga.

— Resultaría costoso, dijo Popinot. Será menester buscar algo económico, á fin de hacer grandes remesas á los vendedores al por menor.

— Bien, muchacho, éstos son los principales fundamentos. Pero piensa que el aceite de Macassar se defenderá. Tiene buen aspecto y tiene un bonito nombre. Lo presentan como una importación extranjera, y el nuestro lucha con la desgracia de ser

del país. Veamos, Popinot, ¿ te sientes con fuerzas para destruir al Macassar? Desde luego, lo incluirás en los envíos á ultramar; parece ser que Macassar existe realmente en las Indias; parece más natural enviar un producto francés á los indios que una fabricación suya ó que está reputada como tal. ¡ Anda tú contra los farsantes! ¡ Pero es menester luchar con el extranjero, luchar en las provincias! Porque el aceite de Macassar ha sido muy anunciado y no hay que desconocer su poderío; está bien acreditado, el público lo acepta.

— Lo desacreditaré, exclamó Popinot con los ojos encendidos.

— ¿ Cómo? dijo Birotteau. No te precipites en tus ardores juveniles y déjame acabar.

Anselmo se cuadró como un soldado ante un mariscal de Francia.

— Popinot, he inventado un aceite para favorecer el crecimiento del pelo, reavivar el cuero cabelludo y conseguir que las cabelleras conserven su color en ambos sexos. Esta esencia no tendrá menos éxito que mi pasta y mi agua; pero no quiero explotar este secreto con mi nombre, porque pienso retirarme del comercio. Tú eres, hijo mío, quien lanzarás mi aceite *comagino* (de *coma*, palabra latina, que significa cabellos, según me ha dicho el señor Alibert, médico del rey; esta palabra se encuentra en una tragedia de Racine, en la cual aparece un rey de Comagina, amante de una reina, célebre por su hermosa y abundante cabellera, y sin duda por lisonja, dió á su reino ese nombre alusivo. Como los grandes

genios tienen entendimiento, descienden hasta los menores detalles.)

El joven Popinot permanecía serio escuchando esta inoportuna divagación que le dedicaba su principal, teniéndolo por hombre ilustrado.

— ¡Anselmo! vas á servirme pará fundar una casa de comercio, un almacén de drogas, en gran escala, en la calle de los Lombardos, dijo Birotteau. Seré tu asociado secreto, te adelantaré las cantidades que necesites. Después del aceite de avellanas, intentaremos la esencia de vainilla, el espíritu de menta. En fin, haremos una revolución en la droguería, vendiendo sus productos concentrados, en vez de venderlos al natural. Joven ambicioso, ¿estás contento?

Anselmo no podía responder, tan impresionado estaba; pero sus ojos, llenos de lágrimas, respondieron por él. Este ofrecimiento le parecía dictado por una indulgencia paternal que le gritaba: « Procura ser digno de Cesarina, enriqueciéndote y acreditándote.»

— ¡Señor, respondió, al fin, tomando la emoción de Birotteau por asombro, yo también prosperaré!

— Ahí tienes cómo soy, exclamó el perfumista; con lo dicho, basta. Podrá ser que no logres casarte con Cesarina; pero siempre habrás conseguido hacer fortuna. ¿Qué te ocurre?

— Dejádme confiar en que, logrando lo uno, conseguiré lo otro.

— No puedo quitarte la esperanza, amigo mío, dijo Birotteau, comovido por la emoción de Anselmo.

— Pues bien, señor, ¿puedo desde hoy dar pasos para encontrar una tienda, á fin de empezar lo antes posible?

— Sí, hijo mío. Mañana iremos á encerrarnos los dos en la fábrica. Antes de ir hoy á la calle de los Lombardos, pasarás por casa de Livingston, para saber si mi prensa hidráulica podrá funcionar mañana. Esta tarde iremos á la hora de comer á casa del ilustre y bondadoso señor Vauquelin, para consultarle. Este sabio se ha ocupado muy recientemente del análisis de los cabellos; ha investigado acerca de la substancia que los colora, de dónde provenía, cuál era la contextura de los cabellos. En esto estriba todo, Popinot. Conocerás mi secreto, y no se tratará más que de explotarlo con inteligencia. Antes de ir á casa de Livingston, pásate por casa de Pieri Benard. Hijo mío, el desinterés del señor Vauquelin es una de las grandes amarguras de mi vida: es imposible hacerle aceptar nada. Felizmente averigüé por Chiffreville, que deseaba una *Virgen* de Dresde, grabada por un tal Muller, y después de dos años de gestiones en Alemania, Benard ha encontrado una copia en papel de China, uno de los primeros ejemplares: cuesta mil quinientos francos. Hoy, nuestro bienhechor, la verá en su antesala cuando salga á despedirnos, porque ya deben tener hecho el marco; luego irás á enterarte. Así, conseguiremos que se acuerde de nosotros, de mi mujer y de mí, porque de nuestro agradecimiento no hay que hablar; hace diez y seis años que pedimos á Dios por él todos los días. No le olvidaré nunca; pero,

Popinot, engolfados en la ciencia, los sabios olvidan todo, mujer, amigos, protegidos. A nosotros, nuestra escasa inteligencia nos permite, al menos, tener corazón. Esto consuela de no ser un hombre de genio. Los señores de la Academia son todo cerebro, ya verás; no los encontrarás nunca en una iglesia. El señor Vauquelin está siempre en su gabinete ó en su laboratorio; llevo á creer que piensa en Dios, analizando sus obras. Ya todo está resuelto: pongo el capital necesario y te confío mi secreto; partiremos las ganancias, y no es preciso hacer ningún documento. Una vez logrado el éxito, arreglaremos cuentas. Corre, muchacho, yo me voy á mis negocios. ¡Ah! oye, Popinot: dentro de veinte días daré un gran baile; mándate hacer un frac, y preséntate como un comerciante bien acomodado.

Este último rasgo de bondad emocionó de tal modo á Popinot que, cogiendo la gruesa mano de César, la besó. El buen hombre había hecho feliz al enamorado con esta confidencia, y las gentes enamoradas son capaces de todo.

— ¡Pobre muchacho! dijo Birotteau, viéndole correr por las Tullerías; ¡si Cesarina le amase! pero es cojo, ¡tiene los cabellos de color de cobre, y las muchachas son tan singulares! No creo que Cesarina... Y además, su madre quiere casarla con un notario. Alejandro Crottat será muy pronto rico; la riqueza todo lo hace llevadero, mientras que no hay dicha que no sucumba á la escasez. En fin, he resuelto dejar á mi hija en libertad, á no ser que se le ocurriese una locura.

El vecino de Birotteau era un tendero que vendía paraguas, sombrillas y bastones, llamado Cayron, oriundo del Mediodía, y cuyos negocios eran bastante desgraciados; Birotteau le había servido en diferentes ocasiones. Cayron no deseaba otra cosa que reducirse á la tienda y ceder al rico perfumista las dos piezas del primer piso, disminuyendo así los alquileres.

— Bravo, vecino, le dijo familiarmente Birotteau, entrando en casa del vendedor de paraguas, mi mujer está conforme en que aumentemos nuestra habitación. Si queréis, iremos á casa del señor Molineux á las once.

— Mi querido señor Birotteau, replicó el vendedor de paraguas, nada os he pedido jamás por esta cesión; pero sabéis que un buen comerciante debe hacer que todo le valga dinero.

— ¡Diablo! ¡diablo! respondió el perfumista. No puedo tirar muy de largo y no sé aún si mi arquitecto, á quien espero, creará la cosa factible. «Antes de hacer nada, me dijo, sepamos si los pisos están á nivel. Además, es menester que el señor Molineux nos permita rasgar el muro, ¿es de medianería?» Tengo además que arreglar la escalera de mi casa. Son muchos gastos; no quiero arruinarme.

— ¡Oh, señor! dijo el meridional. Cuando vos estéis arruinado, se habrá juntado el cielo con la tierra y tendrán hijos.

Birotteau se acarició la barba, se puso de puntillas, y se dejó caer luego sobre sus talones, sonriendo, satisfecho.

— Además, replicó Cayron, sólo pido que me toméis estos valores...

Y le presentó una pequeña factura de cinco mil francos que contenía diez y seis documentos.

— ¡Ah! dijo el perfumista hojeando los documentos: pequeños pagarés; dos meses, tres meses...

— Tomádmelos á seis por ciento, dijo el vendedor con una expresión humilde.

— ¿Soy usurero por ventura? dijo el perfumista con tono de reconvencción.

— ¡Dios mío! señor, he estado en casa de vuestro antiguo dependiente de Tillet; dijo que no tomaría pagarés á ningún precio, sin duda porque sabe que yo estoy necesitado, y para darme lo menos posible.

— No conozco estas firmas, dijo el perfumista.

— ¡Hay nombres tan extraños en el comercio de bastones y paraguas! son de ambulantes.

— No me comprometo á tomarlo todo; me quedaré con los vencimientos más próximos.

— Por mil francos que hay á cuatro meses no me dejéis en manos de los canallas que nos roban la mayor parte de los beneficios; tomadlo todo, señor. No puedo recurrir al descuento, no tengo ningún crédito, esto es lo que nos mata.

— Vamos, acepto vuestros pagarés; Celestino ajustará la cuenta. A las once estad dispuesto... Ya viene mi arquitecto, el señor Grindot, añadió el perfumista, viendo llegar al joven á quien había citado el día antes en casa del señor de la Billardiére.

— Contra la costumbre de los hombres de talento, sois exacto, señor, le dijo César, desplegando sus más galantes figuras mercantiles. Si la exactitud, según dijo un rey, hombre de talento y gran político, es la cortesía de los reyes, es también la fortuna de los comerciantes. El tiempo, el tiempo es oro, sobre todo para los artistas. La arquitectura es la reunión de todas las artes; me permito decirlo así... No pasemos por la tienda, añadió, indicándole la puerta de su casa.

Cuatro años antes, el señor Grindot había obtenido el *premio de honor* de arquitectura; volvía de Roma, después de una estancia de tres años á costa del Estado. En Italia, el joven artista pensaba en el arte; en París, pensaba en la fortuna. El gobierno solamente puede dar los millones necesarios á un arquitecto para edificar su gloria; volviendo de Roma, es tan natural creerse un Fontaine ó un Percier que todo arquitecto ambicioso se inclina al ministerialismo: el pensionado liberal, convertido en monárquico, trataba de hacerse proteger por los personajes influyentes. Cuando un *premio de honor* discurría así, sus compañeros le llaman intrigante. El joven arquitecto podía elegir entre dos resoluciones: servir al perfumista ó explotarle. Pero Birotteau, teniente alcalde y futuro poseedor de la mitad de los terrenos de la Magdalena, alrededor de la cual, más pronto ó más tarde, se construiría un hermoso barrio, era un hombre á quien se debía agradar. Grindot sacrificó, pues, las ganancias presentes á los beneficios del porvenir. Escuchó tranquilamente los

planes, los dicharachos, las ideas de uno de esos burgueses, blanco constante de los ataques y de las bromas de los artistas, objeto eterno de su desprecio, y atendió al perfumista, aprobando sus proyectos con un movimiento de cabeza. Cuando el perfumista lo había explicado todo, el joven arquitecto trató de resumir, á su manera, el plan :

— Tenéis tres huecos de fachada que se abren sobre la calle, además el que ahora corresponde al descansillo y otros dos que tomaréis de la casa próxima. Desviando la escalera para unir todas las habitaciones de delante, os quedarán seis huecos de fachada.

— Me habéis entendido perfectamente, dijo el perfumista admirado.

— Para realizar vuestro plan es menester dar luz á la nueva escalera, que será interior, por una claraboya, y hacer la portería en la base.

— ¿En la base?

— Sí, debajo del primer tramo.

— Comprendo, señor.

— En cuanto á vuestras habitaciones, dejadme en libertad para distribuirlas y decorarlas á mi gusto. Quiero hacer una obra digna.

— ¡Digna! habéis acertado con la palabra.

— ¿De cuánto tiempo puedo disponer para los trabajos?

— De veinte días.

— ¿Cuánto queréis gastar? dijo Grindot.

— Pero ¿á qué pueden ascender estas reparaciones?

— Un arquitecto presupuesta una construcción nueva, casi al céntimo, respondió el joven, pero como yo no sé cómo se da gusto á un burgués... — dispensadme, caballero, la palabra se me ha escapado, — debo preveniros que es imposible presupuestar las restauraciones y composturas. Difícilmente en ocho días llegaría á hacer un cálculo aproximado. Concededme vuestra confianza : tendréis una hermosa escalera, con luz cenital y con un precioso vestíbulo. Haremos una pequeña portería. Vuestras habitaciones serán estudiadas, restauradas con primor. Sí, caballero, me preocupa el arte y no la ganancia. ¿No me conviene, ante todo, que se hable de mí? Según mi opinión, el mejor medio es no regatear á los proveedores y comprar buenos materiales á buen precio.

— Con tales ideas, joven, dijo Birotteau con tono protector, haréis una obra magnífica.

— Así pues, replicó Grindot, tratad directamente con vuestros albañiles, pintores, cerrajeros, carpinteros, ebanistas. Yo me encargo de revisar sus presupuestos. Concededme sólo dos mil francos de honorarios que será un dinero bien empleado, dejadme las habitaciones desocupadas mañana á medio día y enviadme obreros.

— ¿A cuánto puede ascender el gasto, poco más ó menos? preguntó Birotteau.

— Diez ó doce mil francos, dijo Grindot. Pero no incluyo en esta suma el mobiliario que, sin duda alguna, renovaréis. Me daréis las señas de vuestro tapicero; he de entenderme con él para escoger los colores, á fin de hacer una cosa de buen gusto.

— El señor Braschon, calle de San Antonio, recibió ya órdenes mías, dijo el perfumista dándose aires de gran señor.

El arquitecto escribió las señas en uno de esos libritos de memorias que proceden casi siempre de una mujer bonita.

— Vamos, dijo Birotteau, confío en vos, caballero; únicamente será necesario arreglar antes la cesión de las habitaciones inmediatas y obtener permiso del dueño para abrir la comunicación.

— Avisadme luego por escrito, dijo el arquitecto. Pasaré la noche dibujando los proyectos. De todos modos, voy á tomar las medidas, las alturas, la dimensión de las paredes y la situación de las ventanas.

— Estará la obra corriente para el día indicado, ó no hay nada de lo dicho.

— Es preciso, respondió el arquitecto. Los obreros trabajaran día y noche, emplearán procedimientos para secar las pinturas; guardaos de que os engañen los contratistas. Ajustadlos primero, y haced que conste lo convenido.

— París es el único pueblo del mundo donde pueden hacerse tales milagros, dijo Birotteau, con un gesto asiático digno de *las Mil y una Noches*. Me honraréis asistiendo á mi baile, señor. No todos los hombres de talento desdeñan al comercio, y veréis, sin duda alguna, á un sabio de primér orden: al señor Vauquelin, de la Academia de Ciencias; además al señor de la Billardiére, al señor conde de Fontaine, al presidente del tribunal de comercio y á sus magistrados, al señor conde de Granville, del Con-

sejo de Estado; al señor Popinot, juez de primera instancia; al señor Camusot, del tribunal de comercio, y al señor Cardot, su suegro... en fin, acaso al señor duque de Lenoncourt, primer gentilhombre de cámara del rey. Reuno algunos amigos, tanto... para celebrar la liberación del territorio... como para festejar mi... entrada en la orden de la Legión de honor.

Grindot hizo un gesto singular.

— Acaso... me hice acreedor á esta... consideración... y... real... favor por haber formado parte del tribunal consular, y combatiendo por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario, en que fui herido por Napoleón. Estos títulos...

Constanza, en traje de mañana, salió de la alcoba de Cesarina, donde se había vestido; al verla se paralizó completamente la verbosidad de su marido, que buscaba el modo más natural de contar con modestia sus prosperidades.

— Mira, mujercita mía, vino el señor *de* Grindot, joven distinguido y de mucho talento. Es el arquitecto que nos ha recomendado el señor de la Billardiére para dirigir nuestras *pequeñas* obras aquí.

El perfumista procuró evitar la mirada de su mujer para hacer una seña al arquitecto, poniendo un dedo sobre sus labios al pronunciar la palabra *pequeñas*, y el artista lo comprendió.

— Constanza, este señor se queda aquí tomando las medidas, las alturas. Yo no puedo aguardar dijo Birotteau.

Y se fué precipitadamente á la calle.





— ¿Costará esto mucho? dijo Constanza al arquitecto.

— No, señora, seis mil francos aproximadamente...

— ¡Aproximadamente! exclamó la señora Birotteau. Caballero, ruego que no empiecen nada sin tener un presupuesto exacto y todos los ajustes firmados y todo previsto. Conozco las mañas de los señores contratistas: seis mil francos quiere decir veinte mil. No estamos en situación de hacer locuras. Atendedme, caballero, aunque mi marido sea dueño de su casa, tened en cuenta lo que os digo y dejadle tiempo para reflexionar.

— Señora, el señor teniente alcalde me advirtió que todo ha de quedar listo dentro de veinte días, y, si perdemos uno solamente, os exponéis á hacer el gasto sin conseguir el objeto.

— Hay gastos y gastos, dijo la hermosa perfumista.

— ¡Qué, señora! ¿Creéis que es una gran gloria para un arquitecto que aspira á construir monumentos decorar una habitación? Sólo descendiendo á estas pequeñeces por servir al señor de la Billardiére, y si os asusto...

Hizo intención de retirarse.

— Bien, bien, caballero, dijo Constanza, volviendo á entrar en la alcoba, donde apoyó la cabeza en el hombro de Cesarina. ¡Ah! hija mía, ¡tu padre se arruinará! ¡Ha tomado un arquitecto que gasta bigote y perilla, y que habla de construir monumentos! Echará la casa por la ventana para convertirla

en un Louvre. César nunca pierde tiempo cuando trata de hacer una locura; me habló anoche de su proyecto, y lo ejecuta ya de mañana.

— ¡Bah! mamita, déjale; Dios le ha protegido siempre, dijo Cesarina besando á su madre.

Y se puso á tocar el piano para demostrar al arquitecto que la hija de un perfumista no era refractaria á las bellas artes.

Al entrar el arquitecto en la alcoba, quedó asombrado, confuso, ante la belleza de Cesarina. Recién salida de su tocador, en traje de mañana, Cesarina, fresca y sonrosada como lo es una mujer á los diez y ocho años, rubia y esbelta, con ojos azules, ofrecía á la mirada del artista esa elasticidad, tan rara en París, que hace resaltar las carnes más delicadas, y matiza un color adorable para los pintores, el azul de las venas, cuyas ramificaciones transparente la blancura de la tez. Aunque viviendo en la linfática atmósfera de una tienda parisiense, donde el aire se renueva difícilmente, donde penetra poco el sol, sus costumbres le ofrecían los beneficios de la vida al aire libre de una transtiberina de Roma. Su abundante cabello, fuerte como el de su padre y recogido de modo que dejaba ver un cuello bien formado, caía en bucles muy bien hechos como llevan todas las señoritas de tienda, á las cuales el deseo de agradar inspira las minuciosidades más inglesas en lo que se refiere al tocado. La hermosura de aquella encantadora muchacha no era ni la de una lady, ni la de las duquesas francesas, pero sí la sólida y rubia de las flamencas de Rubens. Cesa-

rina tenía la nariz arremangada como su padre, pero bonita, por la delicadeza de su forma semejante á las narices esencialmente francesas, que reprodujo con tanto acierto Largilliére. Su piel, como un tejido apretado y suave, anunciaba la vitalidad de una virgen. Tenía la hermosa frente de su madre, pero iluminada por la serenidad de una criatura libre de cuidados. Sus ojos azules, inundados de luz, expresaban la encantadora ternura de una rubia. Si la felicidad no daba á su cabeza esa poesía que los pintores ponen con frecuencia en las mujeres, presentándolas demasiado pensativas, en cambio la vaga melancolía física que sienten las jóvenes cuando no se han separado jamás de la tutela maternal la realizaba con atractivo encanto. A pesar de la delicadeza de sus formas, era de constitución robusta; sus pies acusaban el origen aldeano de su padre, y algo la perjudicaba este defecto de raza, como también el color encendido de sus manos, signo de una vida puramente burguesa. Debía llegar más ó menos pronto á la gordura. Viendo en la tienda algunas jóvenes elegantes, había conseguido adquirir buen gusto en el tocado y en algunos movimientos de cabeza, en su manera de hablar ó de moverse, que resultaban propios de una mujer elegante, trastornando y enloqueciendo á todos los parroquianos y á los dependientes, á los cuales parecía muy distinguida. Popinot había jurado no tener jamás por esposa otra mujer que Cesarina. Esta rubia espiritual, que parecía no resistir una mirada, pronta á anegarse en lágrimas por una palabra de

reproche, podía sólo infundirle un sentimiento de superioridad masculina. Esta encantadora criatura inspiraba el amor, sin dejar tiempo de pensar en si tendría bastante ingenio para hacerlo durable; pero ¿á qué conduce lo que llaman en París ingenio, tratándose de gentes entre las cuales los elementos principales de la dicha son la cordura y la virtud? En lo moral, Cesarina era lo mismo que su madre, un poco más perfeccionada por los primores de la educación: le agradaba la música, dibujaba al lápiz la *Virgen de la Silla*, leía las obras de las señoras Cottin y Riccoboni, las de Bernardino de Saint-Pierre, de Fenelon, de Racine. No estaba como su madre en la tienda más que algunos momentos antes de sentarse á la mesa ó para reemplazarla en raras ocasiones. Su padre y su madre, como todos los advenedizos afanosos de procurarse la ingratitud de sus hijos haciéndoles superiores á ellos, se complacían en endiosar á Cesarina, que, felizmente, tenía las virtudes de la clase media y no abusaba de su debilidad.

La señora Birotteau miraba al arquitecto con expresión inquieta y curiosa, viendo con terror y mostrando á su hija los movimientos caprichosos del metro — la medida que usan los arquitectos y los contratistas — con el cual Grindot tomaba sus datos. Parecíanle aquellas aplicaciones de la varita mágica un conjuro que anunciaba grandes males; hubiera querido las paredes menos altas, las habitaciones más pequeñas, y no se atrevía á preguntar al joven acerca de los resultados de sus brujerías.